

PUELLES ROMERO, Luis: *Honoré Daumier. La risa republicana*. Madrid: Abada Editores (Serie Estética), 2014, 430 pp.

César Moreno Márquez
Universidad de Sevilla (España)

«Hojee su obra y verán desfilar ante sus ojos, en su fantástica y sobrecogedora realidad, todo lo que una gran ciudad contiene de monstruosidades vivientes. Todo lo que encierra de tesoros temibles, grotescos, siniestros y bufonescos, Daumier lo conoce. El cadáver viviente y hambriento, el cadáver gordo y ahíto, las ridículas miserias del hogar, todas las tonterías, todos los orgullos, todos los entusiasmos, todas las desesperaciones del burgués, nada falta. Nadie como él ha conocido y amado (a la manera de los artistas) al burgués (...). Daumier ha vivido íntimamente con él, lo ha espiado noche y día, ha conocido los secretos de su alcoba, ha intimado con su mujer y sus hijos, conoce la forma de su nariz y la construcción de su cabeza, sabe qué espíritu habita la casa de arriba abajo».

Estas palabras de Baudelaire en *Quelques caricaturistes français* (Puelles, p. 224) ilustran a la perfección al que fuera genial caricaturista Honoré Daumier, al que está dedicado el estudio que comentamos –digámoslo ya, absolutamente riguroso y estimulante–, del que es autor Luis Puelles, profesor de Estética en la Universidad de Málaga (entre otros méritos). Después de haber demostrado una brillante trayectoria como investigador, y de que antes de este ensayo nos ofreciese un magnífico estudio sobre la figura del espectador (*Mirar al que mira. Teoría estética y sujeto espectador*, Madrid, Abada Editores), se diría que Luis Puelles sigue preocupado fenomenológica, hermenéutica, cultural y estéticamente por *la mirada*: pero una mirada mediada e indirecta: mirada *al que mira*, antes, y ahora, esta especie de adentramiento en una mirada-*otra* dirigida a y comprometida por completo con la ciudad, la sociedad y la política: una mirada a su propio tiempo, en suma, como es la mirada de Daumier, a través de la que podemos mirar nosotros, que nos invitar a mirar más y mejor (*mirar a través del que mira*). ¡Y qué mirada! Creo que el gran mérito de Puelles es haber sabido transmitirnos, con maestría consumada –y si lo digo es porque se deja constatar que conoce a la perfección el arte al que se debe–, con un ritmo idóneo, con proporción perfectamente adecuada a su propósito,

esa mirada *apasionada* (incluso en los frecuentes momentos de *desánimo*) del genial caricaturista francés. Ciertamente, quien vaya buscando “estética” no encontrará la satisfacción que espera. Lo que importa a Puelles no es sobre todo –y no lo oculta lo más mínimo– el valor propiamente estético de Daumier, ni su posible calificación o descalificación como obra de arte... (esto ya salta a la vista) sino, con un propósito diría que mucho más benjaminiano, el trabajo *a pie de calle* justamente, casi se diría que “del natural”, en el testimonio que Daumier nos brinda, repartido en una obra inmensa. No se trata, pues, de mera *contemplación estética*, sino de una cuestión *ideológica*, pues las obras que produce Daumier, a lo largo de su dilatada trayectoria, nos dice Puelles que «son imágenes de radicalidad moral, política, propagandística, ideológica; imágenes que toman posiciones fuera de los formatos y medios más nobles y con independencia de los sistemas de institucionalización de legitimidad académica» (p. 11). Esta honestidad del autor sería casi suficiente para, de entrada, tomar en serio su propuesta. Pero es sólo una cualidad entre otras muchas que posee este concienzudo estudio sobre el que sería, en verdad –más que C. Guys–, *el pintor de la vida moderna*, en expresión de Baudelaire.

La mirada de Daumier no es “normal”. Me refería hace un momento a su *mirada-otra*, tal como es la del caricaturista, pero no simplemente porque con su arte sea capaz de *deformar*, *exagerar*, *destacar* y a pesar de ello –tal es su arte– permitirnos *reconocer* (sin abandonar, por tanto, el reducto de la *identidad*)... no simplemente por ello, sino porque la caricatura es un modo de relacionarse con lo que se ve y escucha, cuyo testimonio buscamos preservar o retener, casi estaría a punto de decir que es una perspectiva *cosmovisional* respecto al aparecer y sus fondos. Luis Puelles nos lo explica con precisión: «tales retratos [se refiere a las caricaturas] se entretienen en *dar una imagen* alterada o defectuosa, y lo hacen sin pretensión de gran arte, como puro divertimento ajeno a las constricciones de la forma bella. Una vez más se advierte –como ocurrió con los *grotescos*– que es en los márgenes del decoro donde cabe dedicarse, con afán más lúdico que de exigencia profesional, a explorar territorios de libertad plástica de enorme potencia artística y estética» (p. 33).

En pleno siglo XIX, Daumier practicó la crítica social a diestro y siniestro en una época en la que las idas, pero sobre todo las venidas/retornos de la censura eran continuos, lo que Daumier sufrió en modos diversos a lo largo de su vida, así como las publicaciones que ridiculizaban la vida política, y especialmente las altas esferas del poder (sobre todo a partir de la subida al poder de Luis Felipe I en 1830). La crítica, en general, que despliega Daumier –con tan sólo dibujar– se deja seducir por la vida cotidiana y las calles... ¡Cómo no! *Fenomenolitografía, fenomenocaricatología*... Daumier da a ver *realidades* (en París, años más tarde, otros querrán seguir empeñados en este *donner-à-voir*... surrealidades (del surrealismo se ocupó con brillantez Puelles en *El desorden necesario*, 2005), y así nos ofrece, al mismo tiempo, su personal *punto de vista*.

Y lo hace, a sabiendas del ilimitado potencial ridiculizador de la caricatura, no sin respeto, en la mayoría de las ocasiones. Como reconoció Baudelaire, recordado a su vez por Benjamin, en Daumier la caricatura «es de una formidable amplitud, pero sin rencor y sin amargura. Hay en toda su obra un fondo de honradez y de bonhomía. Ha solido, obsérvese bien este rasgo, rechazar el tratar ciertos motivos satíricos muy bellos y muy violentos, porque eso, decía, superaba los límites de lo cómico y podía herir la conciencia del género humano» (la cita es de *Los dibujos de Daumier*, y Benjamin lo recuerda en su *Libro de los pasajes* (Akal, Madrid, 2005, p. 74)).

Daumier se empleó a fondo en su oficio. Antes lo había hecho a su modo, con fiereza y un arte inmenso, un tal Francisco de Goya (cuando muere, Daumier tiene 20 años), y después de Daumier lo hará, por ejemplo, un tal Grosz... Sí, sin duda hay un poderoso *expresionismo* en el arte de la caricatura, que la rescata, como género, de cualquier prurito meramente esteticista y de la tentación de verter sobre Daumier una mirada casi fenoménico-conductista. Puelles entra a fondo sencillamente porque Daumier (parece una perogrullada, pero no lo es) *tiene mucho que contar*. Esto permite que este estudio quepa perfectamente no ya (o no sólo) bajo el rótulo de “Estética”, sino en el de “Ciencias...”, o al menos “Artes Humanas” (lo que, después de todo, no carecería de sentido, habida cuenta de las acusaciones que Ortega dirigirá a las nuevas artes del primer tercio del siglo XX). En fin, verdaderamente se trata no sólo de mirar, sino de pensar, de *pensar mirando*, o de *mirar pensando*... No es extraño que, como nos recuerda Puelles, Daumier fuese el único artista al que Benjamin dedicó una entrada en su *Passagenwerk*. La lección de Daumier no es sólo socio-política sino también moral, sin duda, y de *etnografía chez nous*... Puelles destaca en cierto momento esa mirada que se atiende a lo exterior, pero que busca penetrar en los caracteres, los tipos, los gestos, las costumbres... En fin, el saber al que nos hace acceder Daumier no se parece a ninguna de las epistemes nacientes en el XIX, que tanto fascinaron a Michel Foucault, pues la mirada que escruta y observa no remite aquí a un impensado, desde luego, sino quizás justo a lo contrario... La caricatura es tremendamente eficaz porque permite a todos saber “de qué va” su tema o su crítica. En el cap. I de su estudio (*Enfrente de la actualidad. La triple dimensión política de la caricatura*), Puelles aclara perfectamente que la caricatura se sostiene en y expresa un *estar en el presente, estar en la ciudad, estar en la ridiculización*... Entre tanto, en tierras germanas (no lo olvidemos), un tal Nietzsche afila su lápiz y también él toma buena nota.

Por lo demás, como han insistido otros comentarios, el enorme trabajo de investigación de Puelles sugiere claramente una lectura desde la rabiosa actualidad de nuestro presente. El autor de *Honoré Daumier. La risa republicana*, sin duda comenzó a pensar y escribir este ensayo mucho antes de que en 2015, primero en París y luego en Copenhague, el yihadismo terrorista

decidiese que unas viñetas de comics/caricaturas eran dignas de todo su odio y violencia. No fue el medio, sino el contenido, y especialmente su proyección crítica, lo que motivó en última instancia iras tan crueles –y no es éste el momento de entrar en otros comentarios. Se dirá que se trataba únicamente de unas viñetas “sin pretensiones”, con un propósito *cómico*. Sin embargo, lo que sí nos enseñó Daumier –y Puelles– es que la condición de “viñetas” no resta, sino que puede incrementar, el poder hiriente de la crítica. Máxime tratándose de algo tan visual y accesible y en un medio digamos “popular” como puede ser un diario o semanario. No es que el arte de la caricatura se agote en ello, desde luego (Daumier lo demostró sobradamente), pero sí es cierto que la caricatura es muy frecuentemente *subversiva* por su aspecto cómico-ridiculizador, dependiendo su recepción de la trascendencia que quiera concedérsele.

El estudio de Puelles lleva a cabo un seguimiento cronológico de la obra de Daumier, pero su finalidad no es, desde luego, la de una biografía. Se trata de un recurso a favor de la comprensión de la obra creativa de Daumier, pues lo cierto es que su enorme producción se encuentra distribuida en series, según épocas. En el capítulo tercero se aborda la crítica antimonárquica y política (*El desencanto de 1830. Caricaturas de oposición a la Monarquía de Julio*, pp. 99-164), en el cuarto *El teatro del mundo. Tipos y fisiologías de la vida moderna* (pp. 165-211); en el capítulo quinto la atención se centra en la vida íntima (*Cómicos sin saber. Escenas del burgués atribulado*, pp. 213-248); en el sexto, en la revolución social (*La fiesta republicana y la fraternidad popular*, pp. 249-278) y en el séptimo *las grandes transformaciones de París* (pp. 279-306). Finalmente, en el capítulo octavo se aborda el mundo del arte tal como lo abordó Daumier (*Los placeres del espejo*, pp. 307-383).

Por lo demás, la factura del libro es –acompañando a la perfecta escritura de Puelles en su aspecto más literario– perfecta, como suele ser habitual en Abada. Abundantemente ilustrado, el seguimiento de la relación entre texto e imágenes es tremendamente eficaz, pues las referencias a las ilustraciones se sitúan al margen, fuera del cuerpo del texto. En suma, diría que *Honoré Daumier. La risa republicana* resulta ser un instrumento de enorme valor para historiadores en general (siglo XIX) y del arte, así como para estudiosos del arte y estetas (Caricatura, Dibujo), etnógrafos (al fin y al cabo, la ciudad y el presente son los verdaderos protagonistas) y filósofos. El resultado es magnífico.